

EL HOMBRE DE LA MEDIAGUA

Este cuento forma parte del libro “ Manifiesto Irreverente y otros relatos “ de Hugo Eduardo Díaz, R. P. I . N° 144.191 y 138.691. I.S.B.N. N° 956-299-497-X

POBLACIÓN LA PALMILLA, EL ONCE DE SEPTIEMBRE DE 1973. SANTIAGO DE CHILE.

En la década de los años sesenta, en el extremo norte de la comuna de Conchalí, en Santiago de Chile, había un populoso sector poblacional denominado “ La Palmilla”. Situado en el extremo norte de la ciudad de Santiago, penetraba como una punta de lanza en los fundos y haciendas de los campos circundantes de la capital. Lentamente las construcciones de viviendas modestas avanzaban tragándose las tierras agrícolas improductivas, ahuyentando la algarabería de sus habitantes recién arribados, con sus tablas, fonolitas, carpas y enseres, a los animalejos de ese lugar. Poco a poco fueron surgiendo humildes conjuntos habitacionales construidos por el Estado, diferenciándose éstos por la calidad, tipo de viviendas y también por el aspecto del entorno, todas cedidas o vendidas por la antigua Corvi, la antecesora del Serviú, ambas instituciones estatales. Algunas habían sido construidas al gusto y según los recursos de los ocupantes en terrenos tomados, por la necesidad de vivienda de esos modestísimos pobladores. La ubicación, el tipo de construcción, las terminaciones y precio otorgaban el status social dentro de este conglomerado humano, conformándose de esta forma las diferentes clases sociales en el interior del sector. El sector de viviendas Corvi, bautizado como villas, estaba compuesto por tres clases sociales, según el nivel de la vivienda y tipo de trabajo del poblador. Las villas colindaban con el otro sector, mucho más popular, el de los sitios eriazos, con las típicas mediaguas o mejoras, donadas por el Estado a los que

habían desafiado el orden imperante adueñándose por la fuerza de numerosas parcelas y fundos abandonados de ese sector.

La villa de la clase alta, por decirlo así, estaba compuesta por los habitantes de casas tipo bungalow de 50 o 60 metros cuadrados, de modesta construcción, tres pequeños dormitorios, calles pavimentadas, cuyos felices propietarios eran casi todos soldados o cabos de carabineros o de las fuerzas armadas. Estos eran en general familias bien comida, saludables, cuyas hijas se distinguían por su desdén y menosprecio y también por su vestuario de moda y marcas prestigiadas.

La villa de la clase media de este sector estaba conformada por auxiliares de servicios menores de la administración pública, especialmente estafetas, choferes, porteros, etc., los cuales poseían viviendas un poco menos ostentosas, más pequeñas, sin antejardín, de construcción más modesta que las de la clase alta, cuyas callejuelas eran angostas y con sus pasajes pavimentados. Estos pobladores, casi todos garbosos con su tenida, corbata incluida por reglamento en la mayoría de los casos, debían soportar, muchas veces, la arrogancia de la clase alta del sector.

La villa de la clase baja estaba compuesta por obreros de la construcción, maestros chasquillas, choferes de taxis, garzones de fuentes de soda, etc., que gracias a su participación en las campañas políticas de los candidatos de derecha y de los otros camuflados como populistas y misericordiosos, habían sido recompensados con una vivienda de 36 metros cuadrados en la periferia de ese populoso sector, cuyos accesos eran angostos pasajes sin pavimentar. Estos pobladores soportaban el apartheid franco de las clases sociales superiores y la franca antipatía de la última clase que de alguna forma cohabitaba con todas las demás clases : la de las tomas.

Esta última clase social, la de las tomas y la más vilipendiada, habitaba en mediaguas de 24 metros cuadrados, levantadas con paneles de pino

insigne, con techumbre de fonolitas y ubicadas éstas al fondo de los sitios eriazos, era un lugar de polvo y barro por sus callejuelas sin pavimentar. Los que no disponían de agua potable domiciliaria y electricidad, la necesidad los motivaba a atreverse a colgar cables eléctricos de los postes de la calle e instalar conexiones ilegales y ocultas a la red de agua.

Los pobladores de esta toma de terreno eran familias cuyo jefe de hogar carecía muchas veces de empleo; algunos de malos hábitos; otros heroicos chilenos que luchaban contra la miseria imperante y otros francamente lumpen, casi delincuentes. No obstante en este medio había una gran solidaridad, incluyendo a los de costumbres delictuales, quienes jamás asaltaban a alguien que perteneciera a esta villa en formación.

Desde el interior de una casita de la clase baja, traspasando las aberturas de las tablas de una mediagua, ubicada ésta en el fondo del patio, se distingue la voz potente del discurso radial del candidato presidencial Don Salvador Allende entre las portentosas mescolanzas de ritmos y canciones de moda de las casas vecinas. El habitante de esta mediagua, allegado en la casa de un pariente, haciendo caso omiso a la melodiosa voz del cantante mejicano Javier Solis que lucha para sobreponerse a una cumbia venezolana, también de moda, escucha con atención las promesas del candidato presidencial. Al terminar la intervención el candidato presidencial, el hombre apaga la radio y exhala un esperanzador suspiro murmurando quedamente un ojalá, mientras sus hijos pequeños revolotean brincando entre la tierra y las piedras de la calle y su mujer, ceñuda, lo mira al tirar las papas peladas a la olla que bulle en la cocina. En esos treinta y seis metros cuadrados como por arte de magia estaba instalado el living, el comedor, el dormitorio y la cocina, que cobijaba a esta familia de seis personas y era el lugar donde soñaba el hombre con un futuro mejor.

Todos los días al oscurecer, el hombre de la mediagua abandonaba el lugar donde vivía, luciendo su tenida formal, incluida su legendaria corbata, desafiando la mirada hosca de sus vecinos que consideraban este trapo vistoso como un símbolo de la clase opresora. Sin embargo, este hombre por reglamento de su trabajo en la administración pública estaba obligado a enarbolar esta casi insignia de la clase media acomodada en el paso obligado por los pasajes polvorientos donde estaba enclavada su vivienda. Nadie al ver la apariencia de este hombre pensaría que él estaba incrustado en un barrio considerado de gentes de mal vivir, peligroso y de muy mala fama.

Después de su trabajo nocturno, al amanecer, el hombre de la mediagua preparaba sus apuntes y cuadernos; marcaba a las siete de la mañana la tarjeta de salida de su trabajo y se dirigía a la calle Pio Nono, lugar donde estaba el edificio de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, cuna de varias generaciones que estudiaron aquí la forma de elaborar leyes y aplicarlas en beneficios casi todas al sector que ellos pertenecían. Presidentes del país, senadores, diputados, ministros, grandes empresarios, agricultores, etc. han egresado de esta famosa aula universitaria, donde también el hombre de la mediagua trataba de superarse adquiriendo los conocimientos necesarios para conocer los secretos de los poderosos y de sus aliados.

El hombre de la mediagua, sacrificando el resto de juventud que le quedaba a él y a su mujer; privilegiando los gastos que el estudio le ocasionaba en desmedro del confort familiar, obsesionado por luchar en la adquisición reconocida y legal de conocimientos; convencido que éstos eran la mejor arma para protegerse y defender a sus semejantes e iguales de las injusticias de las que era objeto día a día, nada ni nadie le obstruiría el camino que se tenía trazado.

Todos los días las cuatro clases sociales compartían las mismas destartaladas micros que hacían el recorrido hasta este confín y extremo

de Santiago Norte y solamente hasta donde llegaba el pavimento, distante éste seis u ocho cuadras de la toma. Todos debían caminar por las calles sin veredas, sin pavimento, oscuras, barroas en invierno, las cuales eran transitadas por todos con grandes sobresaltos e inquietud por temor a los continuos asaltos que perpetraban los antisociales venidos de otras poblaciones, ya que los del sector eran generalmente buenos vecinos y se abstendían de causar daños a los que habitaban en la misma población, todo con un gran sentido de solidaridad. Muchas veces estos mismos muchachos, conocidos por el vecindario como “cogoteros”, se enfrentaban e incluso defendían a los vecinos cuando eran atacados por estos delincuentes afuerinos.

El hombre de la mediagua con su corbata en ristre, el trapo de la derecha y de sus sirvientes, temía ser confundido y atacado, especialmente durante las noches lluviosas y oscuras, con la complicidad de la frondosidad de los árboles, verdaderos escondites de los profesionales del delito callejero.

Los días festivos y domingos la población se convertía en una especie de fonda diciochera. Las radios a todo volumen competían en inundar el espacio con las melodías de moda cantadas en inglés o las rancheras o las cumbias y también, a veces, con los marciales himnos militares de los diferentes regimientos militares, de la aviación o de la marina. El olor a carne asada, las risotadas etílicas de los vecinos, el hablar propio de la gente con sus modismos y argot tan despreciado por la clase media y la otra, se escucha nítidamente en la mediagua del hombre que estudia y piensa en un rincón de su mejora.

El hombre de la mediagua alejado de este entorno, sin poder evitar el disgusto que le causa el no poder gozar de un partido de fútbol de su población contra el equipo de la villa vecina, se sumerge en el análisis del comportamiento de sus semejantes que viven, a pesar de todo, jocosamente sus casi paupérrimas vidas, sin conciencia de su

ignorancia y de la manipulación de que son objeto por parte de los causantes de su existencia pareja y mínima.

Eran tiempos preeleccionarios para que el pueblo chileno decidiera su futuro, según como se pregonaba en todos los afiches, carteles, murallas, árboles, etc. de la población. Los simpatizantes, todos pobres, ahogados y sumidos en el barro, inconscientes defendían fanática y furiosamente sus posiciones partidarias ya sea de la tradicional derecha, dueña de todo y de todos desde tiempos lejanos, o de los candidatos cómplices de ésta, ya sea por hipocresía, interés, ignorancia o falta de inteligencia social. Los otros, los más ignorantes, pero más inteligentes y conscientes de las causas de sus miserias, consecuentes con sus pensamientos; confiados en que ellos serían el gobierno si ganaba las elecciones el candidato que los representaba; se enfrentaban a diario con los adversarios aduladores de los candidatos de la derecha sin máscara y de los otros, también de derecha, pero más caritativos, comprensivos y paternalistas, guiados éstos, posiblemente, por los mandamientos cristianos humanitarios que la iglesia se esfuerza desde hace mil setecientos años por implantarlos en el mundo occidental, con total fracaso. En fin, eran tiempos en que los pobres y humillados de esta población rivalizaban en ofensas y denuestos, por esta razón, en las canchas de fútbol, en el boliche de puestos varios, en la quinta de recreo del lugar, en los pasajes pavimentados, en los pasajes sin pavimentar, en los micro Matadero- Palma, en los bares y fuente de soda del lugar, etc.

Lentamente, en los cuatros sectores de la población, es decir, en las cuatros clases sociales, se fueron instalando los famosos comandos políticos, los cuales se podían diferenciar nítidamente por la apariencia física del local, por la calidad de los afiches, de los panfletos, de los rayados murales, de los muebles, de los medios de movilización, etc., pero sobre todo por la apariencia de los jefes, sub-jefes o mandamases de los grupos, etc.

Los chilenos de la población con esa precisión que da la experiencia, jamás se equivocaban en sus prejuicios, cuando calificaban a los afuerinos que estaban arribando a las villas como obreros de la propaganda política. Disfrazados con apariencia de modestos trabajadores, pronto el ojo avizor pueblerino descubría que esos recién llegados no eran más que fanáticas marionetas pagadas por los candidatos de la concertación de la derecha. Esos locales convertidos en asistencia social transitoria, en despensa de los oportunistas y sinvergüenzas, se repletaban de niños, mujeres, hombres, jóvenes, etc., todos pidiendo algún beneficio o favor inmediato y saliendo sonrientes con un gran legajo de afiches bajo el brazo.

En ese período de preelecciones, era común ver la llegada de grupos de delicados, sensitivos y caritativos jóvenes de ambos sexos, estudiantes universitarios generalmente de la Universidad Católica, que con el empeño de por lo menos parecer poblador se vestían, actuaban y hablaban de una manera diferente a la habitual en ellos. Llegaban con el objeto de ayudar a limpiar las calles, barrer, reparar algunas mejoras, en fin, a hacer cualquier cosa que fuera útil a la población. En las noches cantaban las famosas y ridículas canciones del también famoso “ folklor chileno”, tratando de imitar el hablar y el timbre del campesino chileno o en el peor de los casos adquiriendo el modular y los modismos utilizados por los chilenos de población urbana. En verdad, eran imitadores, gentes muy lejana de la realidad que viven estos chilenos de población.

En las tomas, frecuentemente llegaban apuestos jóvenes, algunos de barba, bototos y cabello largo muy bien cuidado; otros luciendo casacas de cuero, todos con miradas provocadoras y actitudes propias de un Che Guevara. Casi todos de manos inmaculadas y con muy poco uso, pertenecientes a la clase media chilena con residencia, la mayoría de ellos, en los hermosos y floridos barrios altos de Santiago.

Los de barba y bototos, jóvenes con incipientes conocimientos de la filosofía marxista pretendían ser la alternativa al experimentado partido de los trabajadores, transformándose en verdaderos rivales en la lucha por el poder y la hegemonía de la lucha. Muchos de ellos era seguidores de la moderna y rebelde posición católica llamada Teoría de la Liberación; otros eran, infiltrados o no, imitadores de las posturas de moda de los pregonadores de la paz y de las flores, de los que tenían la consigna “ Haga el amor y no la guerra”, con sus típicas, coloridas y vistosas vestimentas, con sus tatuajes, libertinaje sexual, drogas y alcohol.

La mayoría de ellos pregonaban la idea de la toma del poder por la vía armada, hacer la revolución antes que ellos envejecieran y en ser ellos los dirigentes máximos de la clase obrera alzada contra el capitalismo. Para estos jóvenes todos eran burgueses, incluso los militantes y simpatizantes del tradicional y combatido partido marxista leninista, admirador y seguidor fiel de la U.R.S.S., considerados por ellos como reformadores y retrógrados.

Lo bueno de todo éste barullo, era que todos eran ardientes y apasionados protestadores contra lo establecido en Chile y en el mundo.

Después del prolongado periodo preeleccionario, de discursos, debates, foros; grescas poblacionales, vecinales y familiares; de miles y miles de panfletos de todo tipo y calidad, algunos modestamente confeccionados con tiza de colores y papel de envolver y otros impresos en offset y a todo color, con fotografía del candidato incluida; de amenazas y advertencias de caos, de fin de mundo, de miseria y hambre perpetua, de apocalipsis, de sustracción de los niños, etc. etc., publicitadas por unos y de felicidad, prosperidad, bienestar, libertad y verdadera democracia para el pueblo por siempre jamás, etc. etc., por los otros, llegó la hora de la verdad, o mejor dicho, el día de las elecciones.

El hombre de la mediagua a las ocho de la mañana de ese día de elecciones va saliendo de su mejora rumbo al local de votación. Vota por su candidato, el hombre que por cuarta vez pretende ser el salvador de la clase proletaria de Chile, el hombre en quien la gente inteligente y pobre de Chile confía por primera vez en la historia del país.

Chile estaba políticamente dividido en tres posiciones: la izquierda, aunque confusa y mezclada, era conformada por gente pobre y honesta; la derecha, integrada por el pequeño grupo de los ricos, muchos inescrupulosos, deshonestos, hipócritas e inhumanitarios y sus interesados seguidores; los del centro, el sector de los camaleones, del arco iris, fondo común donde caen todos aquellos que alguna vez fueron de izquierda o de derecha, quienes traicioneros y oportunistas por filosofía, optaron por estar en la neutralidad e inclinar la balanza a uno u otro bando, como un péndulo, según sus conveniencias.

En un rincón de la mejora, el hombre de la mediagua por la radio escucha atentamente los progresivos escrutinios y recuentos parciales de votos. Distrito por distrito, mesa por mesa, departamento por departamento, etc. se va escuchando los resultados parciales de la votación presidencial de 1970. Después de la tensa espera, después de airados debates, opiniones de periodistas, políticos, de hombres notables y de otros no tan notables, el gobierno anuncia por fin casi a medianoche de ese día 04 de Septiembre de 1970 el resultado del escrutinio final de las elecciones: Presidente Electo de la República de Chile por el período 1970-1976 el Dr. Salvador Allende Gosseng, candidato de la Unidad Popular.

Con el paso de los días y semanas, el ambiente de la población va cambiando. Todos son pobres y explotados, pero ahora hay dos bandos : los que están en contra del presidente elegido, contra el presidente de los pobres y los que están a favor , en la lucha por el poder popular, por la

defensa del gobierno constitucional elegido democráticamente por sufragio universal conforme a las leyes imperantes en el país.

Las relaciones entre vecinos se tensa. En la cancha de fútbol la rivalidad deportiva se alinea ahora con la postura política de cada cual, lo cual torna el arbitraje peligroso y casi siempre el final del partido termina en una fenomenal trifulca de golpes y garabatos, no siempre de perfil deportivo.

La población hierve políticamente. Todos opinan ya sea a favor o en contra del gobierno popular. Algunos temen la confiscación de sus casas y la pérdida de sus libertades; otros temen que el gobierno les arrebatase sus hijos. Algunos, eufóricos, prematuramente lanzan al aire angustiosos llamados a parar la dictadura marxista. Otros, pregonan triunfantes el andar de Chile hacia el fin de los explotadores, de la verdadera independencia y libertad de los oprimidos.

Las calles, los pasajes pavimentados o no, son los testigos de las múltiples arengas, discusiones y pendencias, provocadas por el estado de ánimo agitado de la población, lo que a veces termina con algún muerto tendido en algún rincón.

A nivel nacional, el asunto es casi igual o peor. Un día cualquiera los medios radiales y televisivos anuncian el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, por oponerse éste a las maniobras de la derecha nacional e internacional para evitar la asunción del mando al nuevo Presidente de Chile. Hay temor por todos lados y en todas partes, especialmente en las poblaciones donde se han infiltrado los servicios de inteligencia militar nacionales y de una potencia extranjera interesados en detener el avance de la ideología marxista. Algunos se miran de reojo y tratan de no delatar su posición o parecer político.

La antipatía o simpatía política que inunda la población es percibida hasta por los niños, quienes jugando se gritan : ¡Upeliento, piojento! o ¡ Momio, tu papá es momio...tu papá es momio.!.

No obstante, de todos los trajines por impedir la asunción del presidente elegido, este asume como Presidente Constitucional de Chile y comienzan los desabastecimientos de artículos de primera necesidad. Lentamente el queso, la leche, el pan, la harina, la carne, el pescado, las verduras y hortalizas, los cigarrillos, los fósforos, etc. etc. comienzan a desaparecer de las estanterías de los boliches y de los grandes almacenes. Día a día se agravan los problemas de transportes, las huelgas de los colegios profesionales, de los médicos, de las enfermeras, de los técnicos, etc. Los sabotajes a las líneas de ferrocarriles, a las torres de alta tensión eléctrica, a los conductos de agua potable, etc. son los hechos cotidianos que el Gobierno y la población debe soportar. La lucha ahora era en dos bandos y no en los tres tercios. Los dos bandos poco a poco de adversarios se estaban transformando en enemigos declarados. El bando de la izquierda, la del Presidente de Chile luchaba ahora con los dos tercios unidos en una derecha furiosa, empeñada ésta en detener y derrocar al gobierno popular, todo planeado y liderado por el norteño y poderoso país amigo de la libertad mundial, según se decía y se dice hasta ahora, el quita y pon gobernantes en esta parte del mundo, incluyendo dictadores y sátrapas.

A pesar de todos los problemas, el Presidente va ganando adeptos y simpatizantes, especialmente en las clases populares. Todos se esfuerzan por defender las conquistas y reformas logradas por el gobierno de la Unidad Popular.

En este medio ambiente nacional y poblacional están captando la vida los hijos del hombre de la mediagua. Casi al milésimo día del gobierno de la Unidad Popular, con el Presidente Allende a la cabeza, el día once de

Septiembre de 1973, las fuerzas armadas de Chile se alzan contra el gobierno constitucional de Chile, bombardean la Moneda, causan el suicidio altivo y patriótico del Presidente Allende y asesinan a miles de chilenos en todo el país.

Al día siguiente, la población La Palmilla vé irrumpir en las tres villas y en la otra en formación, la de las tomas, los blindados militares, camuflados, pintarrajeados los soldados y con casco, con aprestos y armamento de guerra, preparados como si trataran de tomarse por asalto una fortaleza enemiga. Patean puertas y ventanas de las casas, de las mejoras y de las mediaguas; penetran en los dormitorios donde dormían hombres, mujeres y niños y arrastran a la intemperie a los hombres semidesnudos. Mujeres y niños temblando de miedo, al ver el destrozo de sus pertenencias y la cara animalizada de los soldados chilenos que golpeaban a los padres, hermanos y vecinos.

Estos soldados chilenos en guerra declarada al pueblo de Chile desde hacía dos días, alinearon a unas decenas de hombres adultos y jóvenes en la muralla, quienes temblando, quizás de temor o talvez por el frío imperante a esa hora de la noche, escuchaban las amenazas de un oficial chileno:

--¡ Ustedes, hediondos de mierda, seguramente son marxistas ateos y por esto Dios los va a castigar duramente, huevones , flojos, traidores a la Patria! --, vociferaba el militar chileno esgrimiendo la pistola ametralladora.

En el sector de las tomas fue una masacre. Los ultrajes, los insultos, el trato bestial e inhumano con que se trató a esta gente pobre, terminaba con los estampidos de los disparos que quitaban la vida a decenas de seres humanos indefensos, mientras.

el hombre de la mediagua, vestido solamente con sus pantalones y zapatos , sin calcetines, uno más de los casi cien pobladores que estaban parados en línea en una muralla, observaba atento los movimientos de los ojos de los militares chilenos que los vigilaban con sus armas listas a disparar, mientras sus oídos eran golpeados por sollozos, llantos y angustiosos gritos de esposas, hermanos, hijos y niños.

El hombre de la mediagua, uno más de casi el centenar que esperaban ser rápidamente entrevistado por el oficial del Ejército de Chile de más alto rango y a cargo del operativo de “limpieza”, hacía esfuerzo para sosegar el nerviosismo del compañero que estaba situado a su lado y acallar las continuas y arriesgadas preguntas que éste disimuladamente le hacía, con peligro de ser sorprendido y quizás ser fusilado en el acto por tal osadía.

— ¡ Escuche, compañero, los balazos... ¡ Están matando a la gente de las tomas!—

— ¡ Cállese, por culpa suya nos van a matar a nosotros!...¡ Quédese tranquilo!. Contestó el hombre de la mediagua, tratando de no mover los labios, mientras observaba al militar chileno más próximo.

El oficial chileno de jerarquía mayor avanzaba lentamente hacia la ubicación de estos dos hombres, linterna en mano, preguntando nombres, lugar de trabajo, edad, etc. . Con las mandíbulas apretadas, mirando fijamente a los ojos de los detenidos, prejuizaba, presumía, preguntaba, inquiría y quizás con qué criterio ordenaba salir de la fila a algunos, quienes eran mandado a hincarse con las manos en la nuca.

Desde las casas se asomaban por las ventanas las caras llorosas de las mujeres y niños, mirando consternadas el maltrato y las humillaciones a

que estaban siendo sometidos sus esposos, padres, o parientes o amigos. Mientras los hombres chilenos, que estaban hincados en fila india y custodiados por casi una decenas de soldados chilenos, marchaban ahora hacia el camión blindado ubicado en una de las esquinas del lugar. Sin poder despedirse de sus familiares ni siquiera con una mirada furtiva el hombre de la mediagua con un culatazo de fusil es incentivado a subir más rápido al camión militar encarpado, conjuntamente con los otros prisioneros.

El sector de las tomas estaba convertido en un territorio abatido y conquistado por las abigarradas, estupendas y magnificas fuerzas armadas chilenas. Tanques, blindados, cañones, ametralladoras y soldados impresionantemente equipados y armados, ocupaban los lugares estratégicos de la toma, mientras las patrullas o escuadras militares buscaban mejora por mejora a los posibles combatientes y defensores del Presidente derrocado y de la población. El territorio de la toma invadido por las fuerzas armadas estaba convertido ahora en objetivo militar enemigo, incluidos los niños y las mujeres. El trato a los habitantes, conforme a las normas de guerra, era drástico, severo y riguroso, aplicándose no pocas veces la ley de fuga. El terror marcado en los rostros de niños y mujeres, los lamentos de los seres golpeados sin razón ni motivos, los muertos arrojados a los camiones militares sin considerar los sentimientos de las madres, esposas, hijos, etc. que miraban espantadas tal escena, era todo un marco macabro e inhumano que el tiempo nunca dejará olvidar.

Terminada la “limpieza” el ejército vencedor se retira de la toma, dejando tras de sí una estela de angustia y zozobra en las mentes de todos los habitantes que fueron perdonados de sufrir aún más castigos.

Uno de los camiones blindados cargados con los cadáveres de los pobladores de la toma y de la villa de la clase baja, protegido por las desoladas calles por efecto del miedo y del estado de sitio, se dirige por la Avenida Independencia y se acerca al Río Mapocho a la altura del Puente Bulnes. El oficial a cargo motivado quizás por qué razón ordenó detener el vehículo frente al Puente Bulnes y lanzar los cuerpos de los pobladores asesinados a las aguas turbias del río.

La mujer del hombre de la mediagua al ver que su esposo había sido hecho prisionero y trasladado sin saber adonde, acurrucada en el rincón del dormitorio, demacrada, despeinada, sin poder retener sus sollozos, apretujaba sobre su pecho a sus asustados hijos, tratando de consolarlos y tranquilizarlos.

Estaba amaneciendo ese día 13 de Septiembre. El sol quizás en protesta por tanta barbarie se negó ese día a calentar ese pedazo de tierra manchada con la sangre de los pobladores martirizados. Hacía frío en la mediagua. La mujer envuelta en un chal acude donde la vecina, asustada por los gritos desgarradores que provenían desde esa vivienda. Golpea levemente en la puerta:

--¡Vecina Ana! ¡Ábrame la puerta... soy yo, la Consuelo!.

La vecina Ana, con los ojos desorbitados, casi con ataque de pánico, se abalanzó sobre Consuelo, abrazándola y llorando desconsoladamente.

--¡ Mataron a Ruperto, vecina... lo mataron esos salvajes y lo lanzaron a un camión... ¡ Quizás adonde lo llevaron, ... a mi pobre Ruperto... ¿ Qué voy a hacer ahora, vecina?... Me lo mataron... Y seguía la pobre mujer lamentándose del asesinato de su hombre.

--¡ Tranquila, mujer, ya nos arreglaremos. A David se lo llevaron quizás a dónde... Vamos a tomar desayuno, traiga a los niños. .. Después vamos a juntarnos con las otras vecinas, para ir todas a preguntar por los muertos y los presos.

-- ¡ Pero, usted, vecina, no me entiende, me mataron a Ruperto...Ruperto está muerto...

¡ Nunca más lo veré!....¡ Está muerto, mi Ruperto!... ¡Ruperto!... Esto último dicho como un alarido de un ser que podría estar quemándose en la hoguera.

Consuelo que por costumbre siempre mantenía algunos medicamentos, buscó y encontró algunos sedantes que le habían sobrado tiempo atrás. Sin que Ana se diera cuenta lanzó la píldora en la taza de té que Ana cuchareaba, aún sin contener las lágrimas.

Horas más tarde un grupo de mujeres organizaba el trabajo comunitario para buscar a sus parientes, cuidar los niños, preparar la comida, etc. Nombradas todas las encargadas de cada tarea, varias de ellas pasaban desdeñosas y despreciativas delante de los altivos soldados que custodiaban el orden, cuando se dirigían hacia los centros donde presumiblemente estarían los presos y también los cuerpos de los ajusticiados. Según la opinión transmitida por las emisoras de radio, canales de T.V. y medios de la prensa escrita, las fuerzas armadas estaban, desde el once de septiembre, cumpliendo con su deber patriótico de liberar al país de las cadenas de la opresión. Para lograr este objetivo, continuaba el comunicado, era necesario limpiar la nación de traidores y antipatriotas, quienes estaban siendo perseguidos implacablemente, con el fin de neutralizarlos y así evitar males mayores.

Consuelo y Ana, esta última ahora más tranquila por efecto del medicamento y otras tres mujeres de las tomas, caminaban como sonámbulas hacia el paradero de las micros Matadero-Palma, desafiando las miradas hoscas de los soldados apostados en toda la población, con sus metralleta lista a disparar. En el paradero de la locomoción, donde habitualmente se encontraban más de quince máquinas en espera de ser abordadas por los pasajeros, ese día solamente había dos y custodiadas por un piquete de militares armados para combatir.

Después de diez minutos de nerviosa espera, todos mudos, mirando de reojo a la guardia militarizada, recibieron instrucciones del asustado chofer de comenzar a subir, pagar su pasaje y sentarse, pero en silencio. Los pocos hombres que se atrevieron a salir a la calle en un día tan triste y desolador, mudos, miraban por la ventana el paso de los tanques, camiones blindados, patrullas de militares que de vez en cuando disparaban hacia algún objetivo popular. Santiago tenía el aspecto de una ciudad sitiada y conquistada por las fuerzas armadas de Chile y sus habitantes encerrados, aprisionados y temerosos de ser acusados de terroristas, de combatientes contra la patria, de traidores, de comunistas, etc.

se empeñaban en disimular su rabia soltando las mandíbulas, mirando como ángeles, para evitar ser considerado un enemigo de Chile y ser ajusticiado en plena calle o hecho prisionero de guerra.

El chofer del microbús observaba por el espejo retrovisor a las cinco afligidas mujeres que a ratos no podían retener las lágrimas y se consolaban mutuamente las unas a las otras.

Quizás el cuadro lastimero de esas chilenas, cuyo sufrimiento estaba marcado en sus rostros, hirió el corazón de ese chileno y al bajarse las mujeres en el centro de Santiago, les murmuró :

---¡ Compañeras, a los presos los están llevando al Estadio Nacional y al Estadio Chile...Vayan allá a preguntar ¡... Los muertos a lo mejor los pueden encontrar en la Morgue, aunque lo dudo...---

Consuelo, la más agallada, le respondió:

**__”Gracias, compañero.... Es usted todo un hombre y un patriota”.
Dicho ésto, procedió a bajar de la micro, seguida de las otras mujeres.**

Consuelo, la mujer del hombre de la mediagua, era una agraciada mujer, labios gruesos, andar cadencioso y atrayente, ancas anchas y firmes; piernas blancas, redondeadas, bien torneadas que tranqueaban con paso firme, seguro y a la vez muy femenino. Era toda una hembra, muy atrayente para cualquier hombre. La fiereza y el enojo, como de mujer en celo, la tornaban más hermosa, al circularle la sangre más rápido, la boca húmeda y fresca y sus mejillas casi siempre rosadas. Era una mujer franca, risueña, de gran desplante y personalidad, bondadosa, muy solidaria y compasiva. En tiempo de guerra esa figura femenina podría abrir muchas puertas en el campo enemigo, ya que nunca al pasar ella ningún hombre dejaba de mirar aquella cara salvajemente sensual y esa manera de caminar con que el buen Dios la dotó. Aunque siempre vestía humildemente y su cara mostrada siempre al natural, con ropas que cubrían sus atributos y encantos, aun así no era posible disminuir su prestancia femenil. El hombre de la mediagua, de nombre David, la amaba desde que la conoció. Tenían cuatro hijos a esa fecha, todos pequeños.

En la puerta principal del Estadio Nacional había una gran cantidad de personas de todos los estratos sociales, sexo y edades. Todos ojerosos, inquietos, nerviosos. Todos esperaban noticias de sus respectivos parientes detenidos presumiblemente en ese lugar deportivo. Pero no

había respuestas de los soldados que resguardaban el lugar. Pasaban las horas, la gente cansada se sentaba en el suelo, haciendo circulo, conversando en voz baja, llorando algunos; otros blasfemando contra las fuerzas armadas y muchos al borde de la desesperación, especialmente algunas mujeres madres o esposas, talvez también novias, o hermanas.

A medio día Consuelo, Ana, la ahora viuda, y las otras tres mujeres, cuyos hombres habían sido detenidos, desconsoladamente debieron abandonar este lugar al atardecer, sin obtener ninguna respuesta. Posteriormente en la Morgue, donde los muertos tenían saturado el lugar y el desorden y el nerviosismo de los funcionarios era visible a simple vista, tampoco pudieron averiguar algo. Retornaron a sus hogares casi al filo del inicio del toque de queda que comenzaba a las ocho de la noche.

La población sitiada como si se estuviera en tiempo de guerra, rodeada y vigilada por los contingentes militares tenía sumida a sus habitantes en un temor latente de ser apresado solamente por escuchar alguna emisora radial extranjera, mirar hosco a las fuerzas del orden, proferir alguna palabra atentatoria o contraria al gobierno golpista, etc. Ya no se escuchaban las habituales cumbias y rancheras, todo en silencio y en pena, muchas familias padeciendo la incertidumbre de no saber nada de sus parientes tomados prisioneros y las viudas, madres, hermanos llorando a sus muertos, cuyos cuerpos fueron cargados como animales en los vehículos militares y llevados a lugar desconocido. Los niños, testigos de este salvajismo, con sus ojitos lacrimosos e hinchados de tanto llorar, captaban y retenían en sus memorias estos gritos y lamentos de tanta gente.

Con el paso de los días y semanas, el entorno agitado y sufriente de las mujeres de la población estaba impactando y transformando la personalidad de Consuelo y de Ana.

De tranquilas dueñas de casas lentamente sus dotes naturales de líderes creadoras estaban aflorando en sus mentes, sin medir las consecuencias de sus actos y expresiones, todo para conseguir aglutinar la indignación que a todas las impulsaba a desafiar la prepotencia de las fuerzas militares vencedoras y opresoras. Forzadas por las circunstancias, su lenguaje hogareño estaba mutando a modos de expresión cada día más y más general y político.

Sin tener ni la más remota idea de trabajo clandestino, propio de revolucionarios avezados, estas mujeres fueron creando formas secretas de comunicación, normas de seguridad y trabajo coordinado de las labores que pensaban realizar, teniendo como fin último luchar por ubicar el paradero de sus esposos y de los cuerpos de los pobladores asesinados. En su lucha heroica estaban solas. Los jóvenes de barbas, bototos y casacas de cuero que ostentaban la efigie del Che Guevara; los otros, los universitarios de los trabajo voluntarios enarbolando la cruz de Jesucristo y los otros furibundos vociferadores, desde el golpe militar habían desaparecidos de la población desde el inicio de la ocupación militar. Nunca más los vieron. Ahora que los necesitaban se habían esfumado. Los hombres de la población estaban mudos, no hacían nada, excepto algunos niños y jóvenes que sin coordinación se atrevían a lanzarles piedras a los soldados y vehículos militares que transitaban trayendo y llevando gentes.

En la mejora del hombre de la mediagua, Consuelo y Ana estaban realizando su primera reunión secreta y rebelde con diez mujeres: tres viudas y cinco con sus hombres detenidos.

Eran las diez de la mañana, la radio sonando más alto de lo normal, las mujeres con sus bolsas de compras de la verdura para el almuerzo, sentadas sobre las camas, los niños jugando en la calle, cuando Consuelo por primera vez en su vida tendría que hablar y comportarse como una dirigente poblacional revolucionaria, utilizando los conceptos que

frecuentemente emitía David, el hombre de la mediagua, y que estaba obligada a recordar y ahora aplicar.

Con papel en mano y lápiz, Consuelo se paró al lado de la cama y comenzó su primer discurso de su vida:

__Vecinas: Ana y yo hemos pensado en que sería bueno que nos reunamos para conversar sobre lo que nos está pasando con nuestros maridos detenidos y los compañeros que fueron asesinados... Sabemos que esto que estamos haciendo es peligroso, pues nos estamos arriesgando a ser detenidas y quizás con qué consecuencia. Pero no podemos quedarnos tranquilas, sin saber donde están y en qué situación están nuestros maridos. También debemos ayudar a las compañeras que les mataron a sus hombres y tratar de recuperar sus cuerpos para darles sepultura. Todas sabemos que aquí en la población nadie tenía ni tiene armas, municiones, explosivos ni cosa que se le parezca como están propagando los milicos por la radio, para justificar las matanzas y lo que están haciendo con nosotros y con todas las poblaciones del país. Creo, compañeras, perdónenme, vecinas por llamarlas de esta manera, pero en respeto a nuestros muertos, creo que es lo menos que podemos hacer, como un gesto de respeto por ellos y por los miles de detenidos que seguramente estarán pasándola muy mal. Todos ellos se nombraban de esta forma. ¿ Están de acuerdo, vecinas?...__

Las nueve vecinas al unísono contestaron con un rotundo ; Sí, compañera!.

El grupo de las diez, todas novatas en asuntos políticos, al inicio unidas solamente para ayudarse entre ellas en la búsqueda de sus familiares, con el tiempo tuvieron forzosamente que derivar en el análisis de la situación política contingente y transformándose poco a poco en verdaderas líderes políticas de su población.

Con el paso de los días las fuerzas militares seguían hurgando y allanando mediaguas y mejoras en “busca de terroristas que atentaban contra la Patria”, según justificaban. Las mujeres que conformaban el grupo de las diez, también, aumentaban, día a día, las medidas de seguridad del trabajo coordinador que estaban realizando en su sector, especialmente cuidándose de los pobladores considerados traidores de la población y a su clase por ser informantes y denunciadores pagados por el gobierno golpista.

Una noche Consuelo escuchó los golpecitos en clave en la puerta de la mejora donde habitaba:

— ¿ Quién es?... preguntó Consuelo.

— 4540... contestó una voz femenina.

Siendo la contraseña correcta, Consuelo abrió la puerta y dejó entrar a una mujer de unos veinticinco años, cabello largo y negro, caderas anchas, esbelta, morena, nariz delgada que terminaba en una hermosa puntita que embellecía su rostro muy bien diseñado, pero maltrecho por sus ojos rojizos y las huellas de una gran preocupación y angustia.

Sentadas ambas mujeres sobre la cama, pues el dormitorio servía de sala de espera y living,

Consuelo escuchaba a la mujer que ahora comenzaba a sollozar:

— ¿ Así que desde el once de Septiembre que su marido no ha vuelto a la casa?... volvía a preguntar Consuelo a la vecina que no podía retener las lágrimas mientras relataba los detalles de la desaparición de su esposo.

— Le repito, compañera, el Chalo se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, limpiaba el taxi, un Simca 1000 que tenía a cargo y salía a

trabajar como a las seis de la mañana y esto todos los días. El día once de Septiembre salió a la calle como a las siete de la mañana y hasta hoy día no he sabido nada de él. No sé si estará escondido, preso o a lo mejor muerto, compañera....No hallo que hacer...Estoy desesperada...Presiento lo peor, compañera.... Dicho esto la pobre mujer cayó de bruces sobre la cama, tapándose la cara con sus dos manos y gimiendo entre lamentos y maldiciones a los militares.

Después de las palabras de aliento y esperanzas dadas por Consuelo a Soledad, la mujer del taxista desaparecido, ésta se unió al grupo quedando conformado éste por once valerosas mujeres chilenas.

El grado de apoyo al golpe militar en esa población, conformada por la villa de la clase alta, la de los militares; la de la clase media, la de los auxiliares menores de la administración pública; la de la clase baja, la de los obreros y la más sufrida, la villa en formación, la de la toma, se podía medir por el tipo de bandera chilena que empezaron a ondear en los mástiles de las viviendas, otras colocadas en las ventanas, en las puertas etc..

Quizás este acto de colocación del emblema patrio haya sido motivado pensando en tener una especie de escudo para aguachar la furia de los soldados, al igual como se hace con los perros cuando se les arroja un pedazo de carne para aquietar su bravura.

La gran mayoría de las mejoras, mediaguas, viviendas o casas carecían de banderas dando señal pública de la condena al derrocamiento del gobierno de Allende, lo cual constituía todo un acto de valor y osadía. Desafiando la represaria y venciendo el temor, muchos vecinos se exponían al castigo por ofender de esta forma el patriotismo de las fuerzas armadas, ya que hasta los niños saben que ellos, los guardianes de la Patria, son capaces de entregar la vida por defender este emblema.

La bandera en esos días de brutalidad protegía tanto como la virgen del carmen, la reina del ejército de Chile, mientras más grande, más posibilidad de evitarse un allanamiento, una golpiza, ser apresado, etc. En esos trágicos días la bandera reemplazaba con mucho más eficacia la capacidad protectora que el tradicional escapulario bendecido. Las había de grandes proporciones, flamantes, recientemente adquiridas para la ocasión y ondeando al viento; otras más pequeñas y gastadas, casi apolilladas, sacadas apuradamente de algún cajón y colocadas en la ventana; otras confeccionadas con papel de volantín y pegadas sobre la puerta, como si fuera como esos curiosos letreros que acostumbran colocar algunos pobladores que dice “ Aquí en esta casa , todos somos católicos, por favor no insistir”.

El poblador que con el tiempo se volvió el más acomodado y que gracias a sus dotes y astucia para especular y comerciar había logrado ser un hombre bastante adinerado, cuyas hijas e hijos ahora solamente tenían amistades que vivían en Providencia, fue el más insolente con la pobre gente de la población, pues teniendo antecedentes de lo que ocurriría había comprado anticipadamente un inmensa bandera chilena para renovar la que siempre ostentaba los días de fiestas patrias, la cual con los años de uso se veía descolorida, vieja y gastada. El día doce de Septiembre en la mañana los soldados, guerreros de la patria, vieron con mucha alegría ese flamante símbolo tan idolatrado por ellos ondeando sobre el gran letrero de una vivienda que lucía el ostentoso nombre :” Mini Super Market de A. Gonzalez y familia.”

Los niños de la población, captando por intuición el bando al cual ellos pertenecían y siendo los testigos mudos del vandalismo militar a escondidas de sus atemorizadas madres y padres, planeaban como jugando las arriesgadas estratagemas para derribar con boleadoras durante la noche los mástiles de las banderas chilenas. La acción tipo

comando más atrevida que algún día tenían que ejecutar era apoderarse, como un gesto de valentía patriótica, de la hermosa bandera que estaba en poder del enemigo número uno de la población: el Mini Super Market.

El Jueves 13 de Septiembre de 1973, el Mini Super Market abrió sus puertas para atender a su público, el que con los años lo hizo poderoso y temido dentro de la población. El gordiflón, dueño de este negocio, acostumbrado y descarado ladrón del IVA, en persona y sonriendo abría las puertas de su mina de oro, repleta de la mercadería que días atrás pregonaba que la escasez de estos artículos era culpa del gobierno derrocado. Y pasaron los días, cada día más rico y más gordo. A pesar de todo, nadie le hizo nada y siguió viviendo feliz por años, excepto del robo de su querida bandera que estaba segura en manos de los muchachos de la población, como si fuera ésta un estímulo de lucha y el primer trofeo de una batalla ganada.

El grupo de las once mujeres, concordadas para luchar por el encuentro de sus hombres desaparecidos, presos o muertos, guiadas ahora por Consuelo, como presidenta, Ana ,secretaria y Soledad , tesorera, después del primer mes de agitadas idas y venidas a los regimientos, comisarías, cárceles y morgue, en un lugar de Santiago asistían como representante de la directiva y de casi la centena de mujeres contactadas de su población, a su primera reunión clandestina con dirigentes provinciales políticos, vecinales y sindicales.

En el lugar se encontraban cerca de veinte personas, ocho mujeres y doce hombres.

Uno de ellos, de aspecto bastante común, vestido como un obrero corriente, comenzó a hablar con un tono suave y tranquilizador:

“ Compañeras y compañeros: Estoy seguro que todos nosotros, las personas que estamos reunidas aquí, estamos sintiendo en estos momento un tremendo goce al ver aquí entre nosotros a estas ocho valientes mujeres que sabiendo el riesgo que significa su presencia en esta reunión, se han atrevido y se han comprometido a luchar junto a nosotros para defendernos de los horrores que nuestro pueblo esta padeciendo en estos días. Miles de nosotros ya han sido asesinados y otros miles están encarcelados sufriendo torturas y maltratos inhumanos. Sabemos que será política oficial del gobierno militar golpista el exterminio no solamente físico de nosotros, sino que también tratarán de infundir terror con el objeto de, según creen, de extirpar nuestro pensamiento político. Pero no lo lograrán.”

“ El mundo entero tiene los ojos puestos en nosotros, en nuestro país. Cada día que pasa crece la antipatía de los principales gobiernos del mundo hacia el genocidio que se está ejecutando en nuestra patria, con el apoyo y financiamiento del gobierno norteamericano y la derecha traidora, corrupta, antipueblo y por lo tanto antipatriota. La casta de las fuerzas armadas, la cúpula comandada por generales y almirantes, casi todos genéticamente recién allegados a nuestro Chile, encaramados en los más altos sitios de los poderes político, militar, económicos y religiosos, han logrado domesticar a nuestro pueblo, el cual ha profundizado la ancestral sumisión, mansedumbre y servilismo humillante hacia el orden establecido por ellos y sus cómplices nacionales descendientes de encomenderos y esclavistas centenarios.”

“ El presidente Allende ha pagado con su vida la osadía de enfrentarse con estos poderosos grupos que se han adueñado de nuestras tierras, bienes y vidas. Allende gobernó solamente mil días, una hora en la historia de quinientos años de dominio y explotación de los señores de capa y espada y ahora los caballeros de las bombas y de los tanques. En cinco siglos de dominio tuvieron tiempo suficiente para modelar mentes,

credos, actitudes, temores, supersticiones, creencias, mitos, etc. y crear leyes castigadoras a los transgresores de esos modelos implantados a cada uno de los pobres habitantes de esta tierra. He ahí, entonces, el furor y crueldad como han respondido a la insurrección de los esclavos: asesinando como es su costumbre centenaria y torturando, para los cuales sus cómplices son los maestros y creadores de sofisticados tormentos desde hace milenios.”

“ Compañeras, compañeros, discúlpenme por esta larga y probablemente inoportuna charla, pero creo que es necesario comprender muy bien con quien nos estamos enfrentando y quienes son nuestros enemigos. Nuestros vecinos, los pobladores que nos atacan, debemos perdonarlos. Ellos no tienen la culpa de sus ignorancias. Debemos ser siempre muy tolerantes con nuestra gente, aunque por el momento ellos nos puedan causar mucho daño y hasta la muerte. Ellos, algún día serán nuestros aliados fieles y convencidos y para eso debemos luchar, para ampliar nuestra base popular, aun a costa de nuestra dignidad y seguridad personal. Y ahora, compañeras, reciban ustedes la felicitación de todos mis compañeros que ya saben del heroico actos de ustedes y me han pedido que les comunique que ellos se sienten muy orgullosos de ser hijos de chilenas tan valerosas como lo están siendo ustedes. Cuídense compañeras, y por ahora reciban algunas instrucciones de seguridad del compañero de organización y orientaciones que pueden serles útiles. Y a los compañeros, también reciban la misma felicitación y me han solicitado que les pida mucha prudencia en sus actuaciones, cumplir siempre las normas de seguridad que les entregará también el compañero de organización y por último, compañeros, no arriesgarse innecesariamente.¡Hasta la próxima vez!...¡ Buena suerte!... ¡Venceremos!...¡Adios!.”

Así se despidió el compañero principal y se fue como llegó, sólo, desapercibido. En el lugar de la reunión en quince minutos, cada uno de

los responsables de cada agrupación asistentes recibió rápidamente instructivos escritos a máquina, se despidieron y fueron saliendo uno a uno cada diez minutos.

Consuelo, Ana y Soledad se dirigieron a la población cada una por separado. Consuelo, con su típica bolsa de las compras aprovechó pasar a la Vega Central a adquirir algo para cocinar para el almuerzo de ese día. Eran cerca de las once de la mañana cuando se está bajando de la micro Matadero- Palma y se encamina hacia su mediagua medita buda con la imagen grabada en su mente de David cuando fue brutalmente arrastrado fuera de su cama. Absorta en este doloroso pensamiento cuando de improviso un hombre de civil, de porte típicamente uniformado, se le acerca y la saluda:

—” Buenos días, señora Consuelo...Disculpe, por favor no se asuste...Yo soy sargento de la Guarnición... Le dijo el hombre mirando disimuladamente a su alrededor, como si temiera ser observado por alguien.

Consuelo sabía que los servicios de inteligencia militar estaban deteniendo a personas consideradas subversivas, denunciadas por la red de sus informantes pagados e infiltrados en los lugares de trabajo, poblaciones y en todo lugar.

El hermoso semblante de Consuelo palideció tratando de disimular su temor y no le contestó al militar de civil que de forma tan amable la estaba tratando de abordar. El vecino, pues vivía en la villa de los militares, ubicada ésta en el mismo sector de la población, la siguió unos pasos agregando:

__ “ Señora Consuelo,...Por favor escúcheme un minuto... Yo me estoy exponiendo...; Entienda!...Yo sé donde esta su esposo y algunos de los presos que detuvieron el 13 de Septiembre...”.

Al escuchar esto, Consuelo se detuvo, endurecía su fisonomía, lo miró fijamente a los ojos, y le respondió:

-“¿ Por qué me quiere ayudar, señor?... No creo que usted sienta pena por lo que está sucediendo con nuestra gente de la población... ¿ Usted es militar, no es cierto?”

__” Sí. Es cierto, ya le dije... Soy sargento en el Campo Entrenamiento Militar de la Guarnición... Yo no he apoyado el golpe ...Muchos de los nuestros por oponerse fueron apresados y algunos fusilados...Por favor entiéndame, señora Consuelo...Yo estoy exponiendo mi vida por hacer esto ... Su esposo y varios más fueron trasladados al Campo de Concentración... Su esposo está afortunadamente vivo. Lo está pasando muy mal, pero es fuerte y soportará... Yo a su esposo lo conozco de vista cuando pasaba todos los días por aquí con su portadocumentos. Él es un gran hombre, señora...Siéntase orgullosa de él... Yo mientras pueda trataré de ayudar en lo que más pueda a él y a los otros pobladores. Esta es la primera y última vez que hablo con usted, por su seguridad y la mía... Reciba mis respetos señora Consuelo...;Cuídese y ...;Buena suerte!”.

Diciendo esto el valeroso militar acertó su andar y se fue alejando disimuladamente de Consuelo la que avanzaba a pasos más rápidos y casi sollozando por la emoción de tener noticias de su marido y también por el gesto noble de ese vecino miembro del ejército.

Mientras acertaba la distancia para llegar a su mediagua, Consuelo se acordaba que David, el padre de sus hijos, siempre decía que no se podía calificar a todos los miembros de las fuerzas armadas como fascistas y

antipatriotas, pues había muchos que se consideraban parte del pueblo de Chile, se identificaban y apoyaban moralmente la larga lucha de los pobladores y de todos los chilenos, por mejorar su nivel de vida, ser respetados, etc..

ALGUNOS MESES DESPUÉS.

El país había sido dominado. No hubo guerra civil ni resistencia militar. El pueblo chileno gritaba, pataleaba, tiraba piedras, rayaba los muros y lanzaba panfletos con consignas; sus poetas batallaban con poemas y sus escritores escribían libros acusadores de las infamias e injusticias, pero nadie con cinco dedos de frente osaría por lo ridículamente imposible de vencer a un ejército equipado y preparado para una guerra con tres países vecinos. Solamente habría que estar muy desquiciado mentalmente para pensar en una aventura de este tipo. Además debido a que la gran mayoría del pueblo chileno era sumiso, doblegado, servil y oportunista, como resultado de siglos de dominación ideológica y religiosa, se contaba solamente con un mínimo de pobladores que habían comprendido las razones de sus miserias y explotación y que estaban dispuestos, aunque una mínima parte de ellos también, en unirse a dar la batalla por el término del vasallaje de que eran objeto. Por eso el país estaba en calma, aunque se vivía en tensión, con estado de sitio, allanamientos, apresamientos selectivos en las poblaciones periféricas de las grandes ciudades, miles de personas desaparecidas, con funcionamiento de campos de concentración en el norte, cárceles y centro secretos de detención y torturas. Por decreto se había abolido el parlamento, suspendido todos los derechos individuales de las personas, la libertad de opinión, de reunión, de prensa; se había declarado fuera de la ley a los

sindicatos y los partidos políticos en receso y otros calificados ilegales, subversivos y traidores a la patria. Los habitantes de Chile se estaban acostumbrando casi todos a vivir en un cómodo e insoportable, por decir lo menos, mutismo permanente. En las oficinas de la administración pública, de los bancos, de las tiendas, de los hospitales, todos trabajaban bajo un sistema de prepotencia y autoridad déspota de los sirvientes de los vencedores. La indolencia lentamente se fue apoderando de casi toda la gente engañada y manipulada con las mentiras institucionalizada de que en Chile todo estaba en calma, sin referirse nunca a la matanza ocurrida hacía solamente seis meses atrás y a la persecución bestial a que estaba siendo toda persona que era sospechosa de ser contraria al gobierno de facto. Era una calma de apariencia parecida a la de un apacible río cuyas aguas engañosamente fluyen y se deslizan quietas por encima, pero por abajo acechan los remolinos y las poderosas corrientes que arrastran todo con su vigorosa fuerza subterránea.

En el transcurso de estos seis meses los grupos organizados que se atrevían a moverse clandestinamente solamente lo hacían para ayudarse mutuamente en sus desgracias y cooperar a la búsqueda de los caídos y de los que estaban siendo apresados solamente por realizar tareas de este tipo. La tarea ahora era solamente de denuncia. No había capacidad ni tampoco recursos humanos decididos para ejecutar otro tipo de acciones tendientes a desestabilizar o utópicamente pensar en obtener alguna posibilidad de derrotar a la Junta Militar.

Y esto era en los barrios populares, marginales y poblaciones, lugares donde la fuerza militar se ensañaba cometiendo todo tipo de vejámenes y brutalidades. Se desarrollaban acciones no de defensa, sino que eran típicamente de protección y solidaridad con los que caían en peligrosa desgracia por acometer estas labores humanitarias. Los habitantes de los barrios altos, los altos dirigentes que gobernaron el país durante esos mil días de Allende, muchos fueron apresados, antes que pudieran refugiarse

en alguna sede diplomática. Otros, faltándose vergonzosamente el respeto, escaparon y pronto se pasearon muy bien tratados por Europa y América Latina como verdaderos héroes revolucionarios, mientras en las poblaciones la masa revolucionaria, como son llamados los pobladores, eran perseguidos como perros por el fascismo.

Los jóvenes y mujeres dieron ejemplo de valor, patriotismo y dignidad a los chilenos que impasiblemente miraban para el lado o eran espectadores inactivos de las luchas callejeras en los actos y concentraciones políticas. Los trabajadores de la construcción y obreros no se veían por ningún lado en esas valientes marchas de desafío al poder militar instaurado en Chile.

Muchas mujeres, jóvenes estudiantes y hasta niños, caían al suelo al impacto del poderoso chorro de agua de los guanacos, sangraban con el golpe del palo del carabinero y lagrimaban los ojos con el gas lacrimógeno. No era disculpa escudarse en la teoría de la lentitud de la dinámica del proceso social para tornarse un casi cobarde espectador y crítico analista, mirando el televisor, del acontecer político que se concreta en las calles con tanquetas, guanacos, apaleos, torturas, asesinatos y desaparecimientos de personas honestas, dignas, valientes y patriotas.

Consuelo, Ana y Soledad y las demás mujeres que poco a poco se fueron integrando a este especie de comando femenino de resistencia pasiva, pero revolucionaria, a la Junta Militar era digna del mayor de los respetos, aún de los miembros de las fuerzas armadas que nunca estuvieron de acuerdo con el golpe militar. El pueblo de Chile, aparte de sus aspavientos y bravacunadas, seguía inconscientemente con su mente esquematizada por el miedo desde los tiempos de las encomiendas. A pesar de todo, cientos de chilenos supieron morir altivamente cuando se enfrentaron con los fusileros en los campos de concentración de Pisagua, en los

regimientos militares, en los campos y desiertos de Chile. Son ellos, estos hombres y mujeres los héroes desconocidos que nunca serán nombrados en los libros de historia, sino que serán los otros, los que logren llegar a las esferas superiores de la dominación.

La noche del día 13 de Septiembre de 1973, últimos días de Otoño, a dos días del derrocamiento del gobierno de Allende y de la muerte heroica de éste, una caravana de tres camiones blindados del ejército de Chile, procedente de la Población La Palmilla, traslada los prisioneros caídos en la operación “limpieza” recientemente ejecutada en esa población.

Los infortunados pobladores iban ocultos con gruesas lonas verdes olivas que cubrían toda la carrocería de los vehículos. El convoy, precedido por dos carros de combates con sus ametralladoras a la vista y listas a disparar, le seguía un jeep con cuatro soldados con la ametralladora punto cincuenta apuntada hacia los vehículos encarpados, dirigiéndose a gran velocidad hacia el norte, por la carretera San Martín. Todas las operaciones militares se desarrollaban durante la noche amparadas por el silencio y el encierro obligatorio de la gente en sus casas, a contar desde las seis de la tarde y hasta el otro día. El estricto toque de queda en tiempo de guerra prohibía el tránsito de personas y vehículos por las calles, avenidas y carreteras de todo Chile, por lo que el aspecto de la ciudad lucía tenebrosa, oscura y pavorosamente silenciosa, interrumpida esta aparente calma y quietud solamente por el rugir de los vehículos militares que hacían su macabro trabajo nocturno. Los

infractores a la ordenanza del ejército de ocupación y vencedor, luciendo sus escarapelas tricolores y emblemas de la patria chilena, inmediatamente fusilaban a quien desobedeciera la orden de alto al ser sorprendido en tal desacato a la autoridad militar. Con tal telón de fondo de seguridad e impunidad los poderosos camiones blindados militares asustaban a los moradores con su ruido de motores en marcha circulando por las calles solitarias llevando y trayendo pobladores, algunos ya cadáveres, otros moribundos y otros a ser interrogados en los sitios especialmente habilitados para estas acciones militares. Eran horas de temor de ser allanados, golpeado y ser trasladado a lugares donde personal especialmente adiestrado en técnicas de interrogatorio a enemigos en tiempo de guerra, por lo que la gente, con el insomnio a cuestas, cada vez que escuchaba acercarse más y más el ronquido del motor de un vehículo, eran presas de un justificado terror.

Acuclillado en el fondo de uno de esos camiones militares, casi sin poder moverse, acalambrado y entumido, iba David, el hombre de la mediagua y esposo de Consuelo.

Cerca de treinta y cinco hombres de La Palmilla, apretujados, arrinconados como bestias, amenazados por las bayonetas de los cinco soldados que de pie en la parte trasera del camión los vigilaban, ansiaban llegar pronto a su destino para terminar con el martirio del frío y la estrechez que los mortificaba a medida que pasaban los minutos, pues muchos estaban semi desnudos. David sin poder aún adivinar hacia donde los llevaban, trataba de calcular el tiempo y la velocidad aproximada que corría el vehículo, de tal forma de por lo menos saber a cuanta distancia estaba de su mediagua.

De pronto el camión se detuvo y se escucharon voces de mando:

-“ ¡Véndanles los ojos a esos huevones !... ¡Rápido, más rápido, mierda!... ¡ Tú!...; Tú!... y... ¡Tú!...;Súbanse al camión y que todos salgan con los ojos vendados!... ¡ Apúrense mierda!.”.

Se abrió la puerta trasera del camión y comenzó la bestialidad, los insultos, las patadas, los culatazos, incentivos para que todos descendieran lo más rápido posible del camión que estaba con su motor en marcha.

__ **“¡ En fila , conch de tu m....., ¡ Muévete cul.....! . “.**

David logró mirar a su alrededor a través de la venda. Estaban en pleno campo, fuera de la carretera principal, a no más de quince o veinte kilómetros de Santiago, hacia el norte. Y tenía razón. Estaban cerca de Colina, en una de las bifurcaciones de caminos de tierra. Varios soldados los empujaban violentamente para colocarlos a todos en hilera. Varios pobladores tiritaban, quizás de frío, estaban semidesnudos.

El que hacía de jefe, un hombre bajo, macizo, de lentes ahumados, con pistola y corvo al cinto y una gran varilla de acero flexible en su mano, como especie de fusta metálica, linterna en mano alumbraba los rostros vendados de esos hombres tan tristemente humillados y tratados. Volvía a preguntar nombres, estado civil, lugar de trabajo, número de hijos y nuevamente aplicándose un criterio muy misterioso fue ordenando a sus subalternos sacar silenciosamente de la fila a varios hombres. Luego de un rato tranquilo, sin órdenes de mando, los hombres volvieron al camión tratados de la misma forma como los habían bajado. David notó que ahora iban más cómodos en el camión, había espacio hasta para estirar las piernas y dedujo que faltaban varios pobladores.

Después de casi media hora de transitar por camino pavimentado, el camión rugía avanzando por un camino pedregoso y áspero hasta

detenerse. Se escuchaba el ruido de motores en marcha, voces de mando, garabatos, ajeteo. Fueron todos bajados nuevamente a golpes de culata, patadas, empujones y arreados hacia un lugar de piso encementado. Todos en fila fueron despojados de sus vendas. David y sus compañeros de población se miraban por primera vez desde que fueron hechos prisioneros. Todos lucían con heridas sangrantes, morados de frío, temblando y tiritando. En el lugar se encontraban cerca de un centenar de hombres algunos cubriendo sus cuerpos casi desnudos con chaquetas militares o cubiertos con frazadas entregadas por la fuerza represiva. Después de media hora cada uno recibió una frazada y se cerró el gran portón del hangar, lugar destinado para guardar los tanques y carros de combate y habilitado ahora como un gran depósito de seres humanos.

Tratando de ubicar a alguien conocido, David se arrastró disimuladamente, para evitar ser visto por los guardias ubicados en lo alto del bodegón. En un rincón encontró a uno de sus vecinos más cercano. Se sentó a su lado, se envolvió con la frazada tapándose la cabeza.

—”¿ Cómo está, compañero? ...¿ Desde cuándo está aquí? .”. Le susurró David.

— “ Me tomaron el once... Me sacaron del trabajo... Estoy preocupado por mi mujer. Quizás cuánto estará sufriendo, pobrecita... Estoy un poco magullado, pero estoy bien... Y usted, compañero...¿ De donde lo trajeron?”. Respondió y preguntó el vecino Juan.

—” Todos los que llegamos ahora en el camión venimos de la población... Tomaron como a noventa... No sé para donde llevaron a los otros que iban en otros dos camiones... Compañero, esto va a ser terrible... En La Población mataron a varios compañeros y parece que en el camino hacia acá cuando nos bajaron a todos para vendarnos la vista...Varios no

volvieron al camión,... El camión quedó casi vacío... No volvieron a subirse.... Quizás que habrá pasado con ellos. ...Hay que prepararse para lo peor, compañero...; Trate de dormir algo!... Yo estoy muy cansado... Voy a tratar de dormitar algo... Tengo los pies tremendamente helados... ; Ojalá que mañana podamos conversar!”.

Dicho ésto, David fue sumiéndose en un profundo sueño, gracias al milagroso poder del cerebro humano que lo obligó a reparar fuerza para el nuevo día que ya estaba llegando.

Al despertar con los gritos y órdenes de mando, David miró hacia donde estaba su vecino Juan hacía apenas unas horas atrás y no estaba. Se levantó, miró por todos lados y su vecino Juan no estaba. Preguntó y alguien le dijo que hacía como una hora, dos soldados habían entrado y se lo habían llevado para interrogarlo. Usando la frazada para cubrirse el dorso descubierto, pues solamente había alcanzado a colocarse los pantalones cuando lo sacaron de su cama, sin zapatos, siguió mirando y mirando muy preocupado con la esperanza que su vecino Juan estuviera arrinconado en algún otro lugar del hangar. Pero no estaba.

Era el catorce de Septiembre de 1973. Escondido, camuflado entre los árboles en una especie de quebrada entre dos cerros se encontraba el baluarte y el lugar donde entrenaban los soldados mimados del dictador del país, los delfines de la infantería del ejército, los feroces comandos de boina negra, especialistas en torturar, degollar y destripar humanos. Estos estaban en su salsa, felices de tener la oportunidad de poder aplicar sus conocimientos en los cuerpos indefensos de sus compatriotas chilenos. David al pensar esto, tembló, no de miedo, sino porque le era difícil detener que desde su garganta saliera al aire un grito de rebeldía maldiciendo a estos ignorantes traidores y cobardes que usando el nombre de la patria estaban flagelando y asesinando a su pueblo indefenso, a sus compañeros, la mejor riqueza del país.

De pronto entró al lugar una patrulla, equipada como para entrar en combate, cara pintarrajeada, tenida de guerra, boina negra inclinada a los ojos, a la usanza John Wayne, el pecho cruzado por bandoleras repletas de balas, corvos al cinto y metralleta apuntando a los prisioneros terriblemente pálidos, casi azulados por el frío, ojos desencajados, que los miraban sorprendidos de tanto aspaviento de poderío bélico ante un enemigo indefenso.

David, aunque temeroso, como humano que era, no pudo evitar que su rostro dibujara una sonrisa, pero que al mirarlo, por las circunstancias, no era más que una despreciativa mueca hacia la ridícula postura de esos farsantes. El oficial a cargo, con cara de duro, o mejor dicho de perro, captó el mensaje emitido sin querer por David, avanzó hacia él, lo miró clavándoles los ojos en las pupilas, semejante a la señal de dominación de los animales, y le ordenó a uno de los soldados:

— “ Empecemos por este huevón....Y ése también.....Y ése...Y ése...Ése... y...Éste.”.

Y así siguió escogiendo sus presas hasta completar quince hombres.

El grupo de prisioneros chilenos en hilera india y a culatazos fueron sacados del recinto, como estaban, sin chaqueta, sin mantas, casi desnudos, custodiados de cerca por los militares chilenos.

En los amplios espacios del cuartel, construidos y adaptados especialmente para entrenamiento y ejercicios de combate se escuchó la voz furibunda del oficial:

-“ ¡ Alto! ..¡Alínear, maricones!. ..¡Muévanse, estírense, alcen el pecho, como hombres, cobardes de mierda!.”. Mientras la fusta caía y caía sobre las espaldas desnudas, sobre las piernas, cruzaba rostros. Lentamente, poco a poco, la sangre de los pobladores fueron tiñiendo de rojo esa tierra de Chile. Después de casi treinta minutos de este primer castigo, los hombres estoicamente soportaban los dolores y los insultos del oficial del ejército de Chile. Los soldados de la tropa, aprestados a golpear también en caso de algún gesto de rebelión, miraban impasibles el salvajismo, convencidos que su teniente estaba cumpliendo con su deber de velar por la tranquilidad de la Patria.

Durante todo ese primer día todos los reclusos fueron sometidos a este ejercicio preliminar de resistencia física al dolor y al grado de tolerancia a las humillaciones y ofensas a la dignidad personal. Afortunadamente, nadie, ni siquiera David, fue imprudente en formular algún reclamo ante tal golpiza.

Al atardecer, los soldados chilenos repartieron café en cantimplora y un pan a cada uno de los prisioneros, único alimento en casi veinticuatro horas. La tarea de escarmentación era en jornada continua, día y noche y por turnos. Los soldados de la Patria no descansaban en su trabajo de disciplinar. Esta era la rutina.

En su segunda noche, David se convenció que su vecino y compañero ya no volvería. Pensativo en su suerte, dedujo para conformarse en la posibilidad de que haya sido trasladado a otro lugar o a lo mejor puesto en libertad.

David sentado y apoyando su espalda sobre la muralla, cubierto solamente con su frazada, no podía ni siquiera dormir un rato por el continuo ajetreo, voces de mando, ruido de los motores de los blindados. De vez en cuando un tableteo de ametralladora, la silenciosa entradas de

soldados cada cierto momento retirando pareciera que al azar a tres o cuatro personas. La angustiada espera del momento de ser llevado quizá adonde y con qué intenciones era motivo suficiente para que el sueño escapara, aunque se tuviera fatigado y hambriento. Estaba recreando su mente con el recuerdo de su mujer y de sus hijos, cuando siente que se abre el portón del recinto e ingresan cuatro soldados. Había llegado el tan temido instante. Afuera del gran galpón un piquete militar guió a cuatro hombres, cabizbajos, hacia diferentes lugares en una noche estrellada, fría.

David sentado en una silla, con una capucha negra que le cubría su cabeza, esperaba tenso lo que le ocurriría en cualquier momento. En el sitio que estaba no se escuchaba ya el ruido del exterior, todo estaba en silencio. De pronto sintió el típico andar y sonido de los tacos de varios pares de botas. Sin ninguna pregunta, sorpresivamente siente en su cuerpo

certeros golpes en su estómago, en el pecho, en su rostro enmascarado. Pasaban los minutos, mientras los golpes continuaban con más saña. Semi inconsciente sus oídos captan el fluir de su sangre que le están humedeciendo sus pantalones y entibiándole el cuerpo. Superando su dolor hace un último esfuerzo para acudir en ayuda a su cerebro, para agitarlo, para que esa maravillosa obra de la naturaleza desplegara todos sus recursos desconocidos aún y le ayudara a soportar el sacrificio a que estaba siendo sometido por los soldados de su Patria. Y lo logró. Estaba siendo inmolado, pero su mente estaba mirando el hermoso rostro de su mujer amada, inmune al sufrimiento y sordo a los insultos. Perdida ya la noción del tiempo, paulatinamente su consciente le hace sentir la realidad y con ella vuelven en toda su intensidad los dolores que estaba padeciendo. Su cuerpo pendía de muñecas y tobillos, balanceándose a dos metros del suelo. De pronto capta que la cuerda que lo sostiene baja hasta tocar su cuerpo el piso helado del lugar. Encogido, casi topando su cabeza con las rodillas, queda inmóvil, sus pupilas absorbiendo

ávidamente los rayos de luz y delineando la figura encapuchada que emitía una voz casi apacible y ronca:

—”¡ Has tenido mala suerte!... Has sido identificado... Yo sé quién eres tú...Yo te conozco desde hace algunos años...En la Universidad, ...Fuimos compañeros de curso... Tú eres un buen hombre...Lamentablemente las personas que están a cargo de los prisioneros no están bajo mi autoridad... Ellos son especialistas en estas tareas y su poder me sobrepasa, aunque tengan menor grado militar que yo... Yo debo obedecer sus órdenes y no puedo interferir en sus decisiones...Si lo hiciera mi futuro y algo más estaría en peligro... No sabes cuando lo lamento...No sabes cuánta vergüenza siento cuando mis hijos ahora me miran con este uniforme...Hace solamente unas horas que supe que tú estabas aquí y de lo que te han estado haciendo... Debes ser fuerte y quizás puedas salvarte. Yo trataré, arriesgándome, de ayudarte en lo que pueda... No trates de recordar mi nombre y quien soy...Es peligroso para ti y para mí... Voy a ordenar que te atienda el practicante antes que vuelvan ellos... Perdóname, te lo ruego. ...Esto que está pasando no es de mi culpa... Traga esta píldora... Te calmara los dolores...Y te ayudará a ...Adiós.”.

El militar encapuchado que estaba sólo en el cuarto dio media vuelta y avanzó hacia la puerta de salida. Afuera, se sacó la capucha negra y ordenó al militar que estaba a cargo de los soldados que estaban en el pasillo:

-“ ¡Sargento!... ¡Ordene al practicante de turno que venga inmediatamente a atender a este prisionero!...¡Rápido!...¡Al trote!”.

-“¡ A su orden, mi comandante!”. Respondió el casi canoso hombre boina negra.

Los rayos del sol dibujaban en la pared el grueso enrejado de hierro de la única y minúscula ventanilla por donde ingresaba la brisa fresca y libertaria del mar hacia el cuarto donde dos hombres, sentados en el suelo y apoyando sus espaldas en la muralla, estaban borrando sus diferencias políticas ideológicas en una casi bizantina discusión. Los rostros de esos prisioneros era una perfecta imagen de desnutrición y sufrimiento, seguramente un tesoro artístico para un pintor o un famoso fotógrafo, sin embargo, ahí estaban sumido en un ardiente debate intelectual, pero cuidándose de no subir demasiado el volumen de sus voces, de tal forma de evitar que los guardias militares escucharan el espinado temita que estaban dilucidando. Durante el silencio producido por los cortos segundo de concentración mental de los dialécticos reclusos, la celda escuchaba la sonora risa de las hambrientas tripas de esos sesudos caballeros de la política.

__” ¡ La iglesia católica! ...¡No me hagas reír!... ¡La iglesia católica va a terminar con la explotación!... ¡El día del cuete!”. Afirmaba uno de ellos y le respondía el otro:

_” ¡Dios es grande y justo!...Él sabe lo que hace...Estoy convencido que tú eres uno de los responsables de todo lo que nos está pasando... con eso de “ El pueblo unido, jamás será vencido” y otras consignas que embrujaron a la gente ingenua, sobre todo ignorante. Dios ha hecho el mundo así, con pobres y ricos... ¡Y siempre esto será así!.... Eso de “el pueblo unido”... ¿¡Cuándo!?. ...¡ Es una quimera!.... Y ¿¡Vencer!?...¡El día del níspero!”. No pudo continuar, al ser bruscamente interrumpido por su molesto interlocutor:

-“¡ Ustedes!...¡Ustedes eran los que desfilaban en las concentraciones con la cruz en un hombro y en la otra con un fusil de madera!... ¿O me vas a decir que no?...¡Ah!...¡Ustedes eran los que gritaban!... “ ¡Hay pollo huevón, hay carne huevón!, ...¡ Qué chucha es lo que quieren,

huevo!”...¡ Y la otra, esa de “¡Avanzar, sin transar!”...¡Y la más extremista!..Ésa “¡ Crear Poder Popular”...¡Crear Poder Popular!... En cambio, nosotros, tranquilitos..., ¡Claro que creando y gritando consignas, pero no insultando ni llamando a la violencia, como ustedes...¿¡ Y, ahora!?...¡Aquí estamos!...¡¡Todos cagados!! ¡Menos mal que alcanzaste a quitarte la barba...O si no a esta hora....”.

__ Y ustedes, que no son ni chicha ni “ limoná”, que admiran al Che Guevara, pero que en el fondo son como las jaivas, que una vez cocidas son rojas por fuera, pero blancas por dentro.. ¡No me hagai reir...Ja...Ja...Ja...¿¡Ustedes!?...¿¡Revolucionarios marxistas!?...¡¡ A otro con ese cuento!!...”.

En la otra esquina de la celda, otro detenido, de aspecto de betarraga por las hematomas que mostraba su cara y brazos, escuchaba los diálogos de sus compañeros de infortunio, tratando en vano de dormir, a pesar de la acalorada discusión que estaba obligado a presenciar. De vez en cuando vencía la resistencia de sus párpados que luchaban por cerrarse y miraba con desgano a esos dos fanatizados contendientes políticos, pero que por alguna razón los dos estaban encerrados por ser sospechosos de ser contrarios al gobierno militar recientemente alzado contra el presidente constitucional y sus seguidores.

En otro lugar de la celda, otro cautivo, con cara y boca hinchada y sanguinolenta, observaba con atención las defensas y ataques verbales de ambos compañeros de celda.

De presencia humilde el pobre hombre trataba de comprender porqué sus compañeros estaban tan enojados el uno con el otro, ya que él solamente sabía que el presidente que había sido derrocado por los militares y que había preferido suicidarse en el Palacio Presidencial antes de entregarse a

los militares alzados, era un amigo de los pobres y enemigo de los ricos y que por ser solamente simpatizante de su presidente lo había tomado prisionero una patrulla militar por estar gritando:“ ¡ El pueblo unido, jamás será vencido!”. El, que se sabía todas las consignas de la lucha contra los explotadores; que de su bolsillo, de su escuálido salario, adquiría pintura y género para confeccionar personalmente las pancartas y afiches que lucía orgulloso en las concentraciones y marchas populares, estaba convencido que el pueblo estaba unido en la contienda contra los patrones sinvergüenzas y , ahora, ahí estaba presenciando esa disputa de esos dos compañeros, olvidándose éstos de lo que decía siempre el presidente: “ Hay que hacer la unidad del pueblo, unidos venceremos”. El pobre hombre, estaba confundido y terminó convenciéndose que él realmente ignoraba muchas cosas y decidió en ese momento que saliendo de la prisión leería todos los textos que leían sus compañeros y así poder comprender mejor el asunto político.

Lentamente por la ventanilla abarrotada el sol dejó de brillar y la celda quedó en penumbra. La brisa fragante a algas marinas se estaba tornando helada y el frío inició su proceso de castigo en esos cuerpos faltos de calorías, logrando el hambre por fin aplacar los ánimos de los enconados dialogantes. Cada uno se acurrucó para poder dormir, aunque fuera algunas horas, todos en inquietante espera de las próximas preguntas sobre los depósitos de explosivos, de armamentos, los nombres de los miembros y cabecillas del supuesto plan “Z”, existente éste solamente en la mente de los masacradores, para justificar sus odios y según ellos creado por el pueblo para eliminar a la cúpula de las fuerzas armadas, tomarse el poder político e implantar la dictadura del proletariado.

El hombre no podía conciliar el sueño no tanto por los dolores de sus moretones y heridas, sino por la pena que le había causado el comprobar cuan lejos estaban de lograr unir a todos los pobres en un frente común

contra los dueños de todos los poderes opresores y causantes de todas las humillaciones y miserias del ser humano. Pensaba que esa era una tarea ardua, larga, paciente, perseverante , que se extendería por muchísimos años, quizás mucho más tiempo que el que se demoró el catolicismo en embaucar a casi todo el planeta. Sin poder evitarlo, su mente vagó en sus archivos recónditos, como una entretención pasajera, quizás para soportar su tormento y para robustecer su firmeza y dignidad cuando en cualquier momento durante el interrogatorio fuera nuevamente puesta a prueba su resistencia al dolor físico. Velozmente su cerebro analizó sus conocimientos, sus verdades y le reafirmó sus convicciones, instándolo a no doblegarse cuando llegara el momento del vía crucis que lo esperaba. Dispuesto a todo, como los ingenuos primeros cristianos, con su razón en ristre, se dispuso a vencer el humano temor al sufrimiento que le causarían los torturadores, discípulos de la inquisición. Sumido en estos pensamientos, su cuerpo fue cayendo en un sopor tranquilizante, tibio y placentero, casi goce reflejado en su rostro que, aunque maltrecho, impactaba por irradiar una paz luminosa.

Estaba todo oscuro, todo era negro, solamente escuchaba lejanamente voces que emitían preguntas y más preguntas.

Una voz zalamera y paternal le ordenó:

-“¡ Hijo mío, reza el Padre Nuestro!”.

Silencio.

El pobre hombre hacía muchos años, desde que era niño que no rezaba. El tiempo y el resentimiento habían borrado de su memoria estos poemas considerados sagrados.

La voz mimosa latigó de nuevo:

-“ A ver, hijo mío... Has olvidado el Padre Nuestro....Nuestro señor te va a castigar por este olvido.... Veamos...Probemos con el Ave María... Vamos...Reza el Ave María...”.

Nuevamente el silencio. No hubo respuesta del flagelado.

El hombre, con su cuerpo cubierto por grandes moretones, no sintiendo, solamente escuchando esa voz querendona, casi de un buen abuelito, con su mente casi perturbada, no lograba comprender dónde estaba, sin siquiera poder distinguir si estaba despierto o soñando, esforzándose por entender qué decían esas voces que le llegaban a sus oídos, cuando es impactado por los rayos de una potente luz dañándole los ojos. Sus pupilas, sin la venda negra que le negaban la luz, ahora estaban lentamente captando el entorno, cuando un chorro de agua helada cae sobre el rostro del hombre.

Quiso incorporarse, pero no pudo. Quiso mover sus brazos, pero tampoco pudo. Trató de mover sus piernas, vano intento. Con su vista recorrió el lugar y buscó afanosamente el lugar desde donde provenían las preguntas. Poco a poco el perfil percibido se fue aclarando, haciéndose cada vez más nítido. Inicialmente, era una sombra negra, similar a un buitre o, talvez, a un cóndor, la sagrada ave de rapiña del ejército y similares, pero cuán grande fue su estupor cuando a su cerebro llega la silueta fantasmagórica y siniestra para él de un sacerdote, vestido con el ropaje de rutina, de trabajo, de luto entero y no con el multicolor y elegante traje dominguero, pleno de encajes y orlas doradas.

El hombre de negro, como todo guardián de todo poder, sabía su oficio. Usaba preliminarmente el sermón irónico amenazador; luego ofrecía el premio y el castigo, celestial y divino primero para continuar con premios y castigos concretos y terrenales.

El hombre de negro, habiendo descubierto que el ser humano que yacía desnudo y sujeto a la mesa de los rebeldes e impíos, hacía mucho tiempo que se había alejado de la senda de Jesucristo, estaba frente a una gran oportunidad de poner en práctica todos sus conocimientos adquiridos en textos antiguos sobre cómo averiguar e inquirir hasta qué punto un ser humano ha ofendido las enseñanzas de Jesucristo y su divinidad.

Una vez diseñado mentalmente el plan táctico se dispuso ponerlo en práctica.

- “¡ Jesucristo está contigo, buen hombre!.. ¡ No temas, Él te está mirando!. Confía en mi, que yo soy sus ojos...¡ Por mí Él te ve!”.

Diciendo esto el cura de negro procedió a desatarlo y a calmarlo con palabras de sosiego y tranquilidad.

Pronto el hombre moreteado, ahora cubriendo sus intimidades con una frazada, sentado en una silla, sorbía una reconfortante taza de café en compañía del representante de Jesucristo.

El hombre de la mediagua, confundiendo la estratagema del sacerdote como la antesala de su última confesión antes de irse al infierno, firme en sus convicciones, no obstante su debilidad y lastimosa situación, decidió en lo más profundo de su ser resistir hasta sucumbir y mentalmente se preparó para el combate con el cura y después con los verdugos uniformados.

El cura al parecer estaba equivocado al pensar que la sala de tortura era un cómodo salón para dialogar sobre la vida y sus miserias y goces, pues sentado, con su rostro rosado y saludable, casi risueño, comenzó su inquisidor trabajo de auscultación psicológica del prisionero pueblerino.

“¿ A si que no sabes rezar, buen hombre?..”. Preguntó suavemente el hombre de Dios.

-“ No... Olvidé hace muchos años lo que aprendí en la escuela,.. Cuando era un niño y creía y temía a Jesucristo y a todos sus santos”.

-“¿ Acaso ya no crees en Nuestro Señor Jesucristo?..”.

**-“ No sé si puedo confiar en usted...Todos ustedes son personas cultas, han vivido toda su vida sin trabajar y se han dedicado desde siempre a estudiar... Ustedes han sido siempre los dueños de la cultura, son creadores de mitos, temores, castigos y premios, que la gente por su ignorancia cree y los sigue ...No sé si por miedo a las leyes represivas, terrenales, o a el temor al castigo divino, también inventado por ustedes.
“.**

**-“Continúa, hijo mío... Baluceo el cura...Desahoga tu corazón, que Dios está contigo
y comprende ...Tú eres obra de Nuestro señor Jesucristo...Continúa, por favor...Te escucho...No temas...Dios es todo poderoso”.**

El hombre de la mediagua, por primera en su vida tenía la oportunidad de hablar todo lo que pensaba a un ser humano que presuntuosamente se decía ser representante de Dios en la tierra y que según lo que habían logrado en 2000 años eran ahora los más poderosos de la tierra, inmunes a casi todas las desgracias que asolan al resto de los humanos; venerados, respetados, privilegiados, obedecidos. Iba a morir, lo sabía, pero por fin le diría en su cara a este señor vestido de negro, a la usanza árabe de hace dos milenios, igual como la vestimenta de las monjas, las ingenuas señoras

y esposas de Jesucristo, todo lo que pensaba de ellos y de la tenebrosa y negra historia de su institución.

-“¿ Le puedo preguntar su nombre?... Se atrevió a preguntar el hombre de la mediagua.

-“ Claro, hijo mío... Puedes preguntarme lo que quieras...Estoy aquí para ayudarte en tus zozobras y temores... Confía en mí... Dios me está dando esta oportunidad de redimir a una oveja descarriada... Creo que Él me está guiando en esta conversación contigo, hijo mío... Continúa...Tranquiliza tu corazón y tu alma ... Me llamo padre Pablo...”. Terminó respondiendo quedamente el sacerdote.

-“ Mire, Don Pablo... Usted seguramente sabe toda la historia de este país, de América y del mundo... Sabe filosofía, historia, sociología, sicología, en fin usted es una persona que nosotros llamamos culta y docta... Y creo que usted lo es...¿ Es cierto? ¿Verdad no?”.

El cura movió la cabeza asintiendo y agregando:

-“ Es cierto... He estudiado mucho... Es parte de nuestra formación religiosa...Pero personalmente lo que tú me puedes decir es probable que no esté en los libros... Tú me puedes enseñar... A comprender mejor las enseñanzas de Jesucristo... De sus sufrimientos en la cruz... Sus razones... Su rebeldía...Yo no sé lo que es un padecimiento...Jamás he sentido hambre lacerante ... La vida me ha tratado muy bien...Pero, a pesar de mis estudios, no logro comprender el porqué existen hombres como tú ...Renegadores del Señor...Mentalmente violentos y por eso peligrosos para la supervivencia de nuestra iglesia”.

-“ Usted, por lo que me está diciendo ha leído libros equivocados...Lea la historia verdadera de su institución y se dará cuenta que hace mil

setecientos años que las enseñanzas de Cristo han sido desviadas por los que se adueñaron cupularmente del poder católico, con el emperador romano y sus nobles a la cabeza. Para mantenerse en el poder no han dudado en acudir a los más crueles métodos represivos durante siglos. ¿ O me va a decir que nada sabe de la famosa Inquisición?. Y ahora, al termino del siglo veinte, los más fieros explotadores y ricos en consecuencia, dueños del poder económico, del poder político, del poder militar, del poder de la prensa, del poder de la justicia, creadores de leyes en su beneficio y en perjuicio de la gran mayoría, con la bendición de ustedes, como poder religioso, funcionan todos armoniosamente como vasos comunicantes, para protegerse y perpetuar la famosa cultura llamada occidental y denominada engañosamente democrática. ¿Y ustedes se dicen representantes de Dios en la tierra?...¿ No es acaso ese concepto de dios una creación de la razón humana, de los que han siempre dominado?.

¿ Cómo puede existir un dios tan perverso y anti humano, provocador de guerras entre los humanos, causante de millones y millones de personas que sufren humillaciones, persecuciones y torturas. Se sabe que las religiones, inventadas todas, jamás ha servido para beneficiar a los seres humanos, al contrario solamente han causado dolor. No hay hecho más lamentable y terrible que las llamadas guerras religiosas, donde se pone, en teoría, el poder de cada dios en litigio. .. ¿Cree usted, acaso, que hay dioses que van a la guerra? ...¿ O que hay dioses buenos y dioses malos?... ¿ Pobre gente, que cree en estas cosas?... Diría Jesucristo se estuviera vivo.”.

El hombre de la mediagua, hizo una pausa en espera de alguna respuesta u opinión del sacerdote que escuchaba atentamente lo que exponía el prisionero, ahora, por su franqueza, prácticamente en capilla.

-“ Dios te está escuchando, hijo mío... No soy yo el que te va a juzgar, sino que será Él.

Continúa, por favor... Porque...¿ Aún no has terminado? ..Creo yo...”.
Se limitó a responder el cura.

-“ No sé qué es lo que pretende usted con hacerme hablar tanto... Sé lo que me espera... Luego vendrán los torturadores laicos uniformados y me tildarán ya no de blasfemo ni de renegado de Dios, sino que de traidor a la Patria, a la bandera, etc... No creo que nada lo que yo diga a usted lo impresione...Ustedes están acostumbrados a estas situaciones límites... Siglos de experiencia en estas lides ...Ustedes son maestros en manipular los sentimientos humanos...Tienen universidades centenarias desde donde predicán sus engaños; han sembrado cada dos cuabras parroquias en cada pueblo y ciudad del mundo; iglesias y catedrales, éstas verdaderos palacios, verdaderas ofensas a la miserable gente, y desde donde espían la conciencia de cada uno de sus habitantes, mediante el bautizo, la comunión, el casamiento, la confesión, la penitencia, la extramaución y las persiguen hasta el cementerio con un bosque de cruces. .. Y ustedes, entes sin nacionalidad, que obedecen al emperador cristiano llamado Papa, el enlace que Dios tiene en la tierra , según ustedes pregonan, no tienen derecho a hablar en nombre de la Patria, pues vuestra Patria está en el cielo, junto al dios que ustedes han creado.”.

-“ Yo también voy a confiar en ti... No estoy en tu situación...Pero, lamentablemente yo creo en Jesucristo...Tengo fe en ese Dios...Mi razón a veces me indica que no puede ser...

Crear cosas tan evidentemente falsas es una ofensa a la inteligencia... Pero no puedo dejar de creer en Él... No sé si seré idiota...Pero aquí estoy cumpliendo órdenes de mi Obispo. Todo lo que tú has dicho es cierto...Cuando pienso en estas cosas mi mente me tortura muchísimo más de lo que tú crees...Pienso que aunque todo sea un embuste, la gente necesita un ente en qué creer... Pero también es necesario desplazar a

quienes han hecho el mundo tal como es ...Creo que está llegando la hora de renovar y volver a los predicamentos de Cristo como hombre y lider de los oprimidos... Creo que esa es la lucha que está comenzando en el mundo... Enarbolar a Jesús no como un ser divino e hijo de dios sino como un ejemplo de actitud revolucionaria y transformación de esta injusta sociedad que se ha creado justamente al amparo de Jesús... Ahora debo despedirme...Rezaré por ti.

Aunque no lo creas, rezar hace bien...Te tratarán mejor esos hombres que vendrán luego a interrogarte si te escuchan rezar... Porque aunque sean verdaderos verdugos, ellos son creyentes... Es el resultado de nuestro perseverante trabajo de diecisiete siglos... Que mi Dios te bendiga...”.

Eran los primeros días de la acción militar planificada contra el pueblo de Chile. Las furibundas declaraciones de la Junta Militar afirmaban que el país estaba en calma, pero que se seguía ejecutando operaciones de limpieza en las poblaciones y sectores donde aún había subversivos que atentaban contra la seguridad y tranquilidad de la Patria. Las comunicaciones oficiales del gobierno golpista amenazaban reiteradamente que regía el estado de guerra y que por lo tanto toda persona que fuera sospechosa de actitudes rebeldes se les aplicaría el Código de Justicia Militar en situación de guerra. Las poderosas fuerzas armadas del país, desplegando todo su potencial bélico habían logrado atemorizar en solamente un día a la población indefensa y se transformaron en dueños absolutos del país, conjuntamente con sus cómplices civiles nacionales y extranjeros.

Las mujeres y deudos de los muertos caídos en la represión militar recorrían los cuarteles, comisarías de carabineros, morgues, iglesias, buscando información sobre sus parientes apresados, desaparecidos o fusilados.

Las mujeres confiando en su femineidad, que de alguna manera aplacaba la furia de la soldadesca, se atrevían a exigir en los recintos militares información sobre sus familiares detenidos o asesinados, pero todos los esfuerzos eran vanos. No era posible traspasar la barrera de soldados que en tenida de combate, tipo comandos, con fusil ametralladora apuntando, custodiaban los cuarteles militares y lugares donde presumiblemente se encontraban hombres y mujeres detenidos.

Mientras tanto, el país convertido en un solo grito de desesperación soportaba el impacto de inhumanidad que impunemente y en aras de la Patria, según afirmaban los señores defensores de la soberanía nacional, estaban realizando en las poblaciones marginales del territorio.

Consuelo, la mujer del hombre de la mediagua, y sus compañeras de la población caminaban por la ruta que las llevaría hacia la tenebrosa guarida de los temibles “ boinas negras” del ejército, ubicada ésta en el fondo de una quebrada y rodeada de cerros.

-“ Pueda ser que podamos hablar con alguien que nos informe algo...¿ Eran tres camiones

que salieron de la población cargados con hombres detenidos y con los cuerpos de los hombres ejecutados?...¿ No es cierto?...”.

Habló y preguntó Consuelo al grupo de mujeres, después de un largo rato de caminar en silencio, pensativa y soportando, sudorosa, el calor de ese día de mediado de septiembre de 1973.

-“ Sí... Eran tres o cuatro...Pero quizás para donde los llevaron...Porque al Estadio Nacional... No creo... Me tinca que a los muertos los enterraron en la ladera de alguno de estos cerros...”. Terminó sollozando Ana, una de las viudas desde hacía algunos días.

Agobiadas de tanto caminar y con sus penas al hombro, las mujeres, a pesar de sus lastimosas presencias, eran objeto de las groseras exclamaciones lisonjeras de los hombres uniformados movilizados en camiones blindados de las fuerzas armadas, que iban y venían con sus cargas humanas por la carretera.

Después de varias horas de fatigoso andar, las mujeres divisaron los primeros indicios de la cercanía del recinto castrense. El camino franqueado por cercas de alambres de púas, carros brindados y soldados impedía el paso hacia el interior de la quebrada.

Al llegar a una garita de centinela pronto por un alto parlante una voz marcial y cortante anunció:

“Las personas que se encuentran en el exterior deberán abandonar el lugar inmediatamente, de lo contrario serán tratadas como subversivas y detenidas.

Las informaciones sobre detenidos serán entregadas en el Cuartel General en la hora y día que se publicara en la prensa. Se les da un plazo de diez minutos para que despejen el lugar y retornen a la ciudad. Este es el último aviso.”.

Un joven centinela, probablemente recluta, mostrando una visible palidez al contemplar a ese grupo de mujeres que se estaban exponiendo a ser mal tratadas y quizás con qué consecuencias, dirigiéndose a Consuelo le habló en términos conciliadores:

-“ Señora...Por favor...Retírense de aquí...Por favor...Si no lo hacen... Mi capitán va ordenar que salgan los comandos a dispersarlas y ellos son implacables con la gente...”.

-“ ¡ De aquí no nos moveremos hasta que nos den informaciones sobre nuestros maridos... estamos segura que ellos se encuentran aquí!...”.

Gritó Consuelo tratando que su voz fuera escuchada desde el interior.

-“ ¡De aquí no nos moveremos!...¡De aquí no nos moveremos!...¡No nos moveremos!...”. Corearon todas, indignadas y encolerizadas por las amenazas que seguía emitiendo el portavoz.

De improviso una decena de fornidos guerreros, con sus rostros pintarrajados, equipados para una batalla, con sus fusiles portátiles apuntando hacia el conjunto de mujeres, iniciaron la tarea de despeje. Los empujones, golpes, puntapiés y groserías vencieron a las pobres mujeres chilenas que pronto se convirtieron en una tropa vencida y de harapienta y

penosa presencia . Caminando de vuelta hacia sus hogares, llorosas y quejumbrosas, con visibles hematomas, desgñadas y algunas cojeando, fueron avistadas por un campesino del lugar que ajeno a esta odisea conducía su carretela tirada por dos caballos. El hombre detuvo su carruaje frente a esta patrulla femenina y sin siquiera preguntar que les había pasado, por considerar obvio lo sucedido, les ofreció bondadosamente transportarlas hacia la ciudad.

-“ ¡Vieran ustedes, señoras, cómo toitita la gente de por acá está reasustá con estos milicos!...Parece que tienen miedo los jodíos éstos... Porque están haciendo hoyos como locos... Por todas partes nosotros los veimos como cavan y cavan ... Y son harto maricones... ¡Aónde se ha visto pegarles a las mujeres!... ¡Dios me salve!...¡Ave María Purísima!...”. Terminó su comentario el hombre de la carretela.

Había transcurrido algunos años desde cuando las fuerzas armadas, obedeciendo el clamor de la clase dominante y fieles como siempre, no dudaron en utilizar su poderío para lanzar sus tropas contra el pueblo indefenso. Ahora no estaba permitida la oposición a sus decisiones. Los disconformes eran perseguidos, apresados, torturados, asesinados y sus cuerpos escondidos; otros, enviados a campos de concentración, sometidos a consejos de guerra y fusilados, todo aplicando las leyes a su arbitrio. Con esta represión ya institucionalizada, aplicada por los servicios estatales, hábilmente subterránea y secreta, logró que la gran mayoría de la población ignorara lo que estaba sucediendo y continuara su vida normal, pero absteniéndose de opinar sobre el gobierno militar. Los afectados directamente y sus familiares con las acciones de las fuerzas estatales represivas, unos pocos simpatizantes del gobierno derrocado, eran los que arriesgaban su vida buscando y averiguando el destino de sus seres queridos detenidos y desaparecidos. El país convertido en una gran cárcel nacional, con estado de sitio permanente y vigilancia policial y militar, estaba sumido en el terror, desafiado solamente por unos cuantos chilenos y chilenas, que se negaron a inclinar la cabeza a sus enemigos. La primera huida ante la hecatombe de los que tuvieron la suerte de poseer los recursos y contactos para asilarse en el exterior desde lejos publicaban sus poemas dramáticos y denunciantes; sus canciones estimuladoras a la lucha; sus retóricos discursos y sus valerosas consignas, mientras aquí, los ignorados de siempre, los que nunca serán entrevistados, se exponían y sufrían como verdaderos patriotas que aman a su gente, a sus vecinos, que conforman, en definitiva, la verdadera Patria. El romántico idealismo patriótico, casi siempre inestable y cambiante, hinchaba el pecho de la afortunada clase exiliada, no exenta a veces de descarado oportunismo, quienes lucían sus presencias de luchadores por la libertad en salones del mundo entero. Y los ignorados de siempre, los de aquí o de allá, seguían exponiendo su pecho, su vida, su familia, su futuro, todo, persiguiendo con la razón fría el afán de un mundo mejor.

El grupo de Ana, Consuelo y Soledad, mujeres de este país con sus esposos desaparecidos, el tiempo las había hecho crecer. Sus ojos ya no derramaban lágrimas, ya no lloraban, se habían protegido con la gran coraza de la razón y de la firmeza que entrega el conocimiento de los principios que aprendían de los hombres honestos seguidores de la filosofía guiadora hacia el fin de la explotación del ser humano.

Un día una de ella no llegó a la reunión concertada. La buscaron por todos los lugares y partes, con toda la pericia y experiencia adquirida durante años en la búsqueda de sus esposos y de sus compañeros detenidos, pero no tuvieron éxito. Soledad, la viuda del taxista, había sido víctima también de la campaña del terror estatal.

En uno de los últimas intervenciones de Ana, con su tez ya arrugada, en una concentración política, en una de sus partes, ella la incansable, junto a su compañera Consuelo, ella expresaba:

“ La prensa, la televisión, las emisoras de radio, los medios de comunicación en general estaba en manos de la clase dominante, patronos de las fuerzas armadas. El poder judicial inoperante, sumiso y cómplice de las violaciones de los derechos humanos, se declaraba descaradamente incompetente, todo expresado en retóricas apreciaciones sobre la moral y las leyes.”.

“Y el descontento fue creciendo hasta que solamente la mitad más uno de los sufragantes en la elección rechazó la continuación de la tiranía militar y llegó el día de la alegría para ese medio país que pedía poner fin al gobierno opresor. Ahora el país estaba dividido en dos partes casi iguales, irreconciliables en un principio y no en las tres porciones tradicionales. Poco a poco volvieron los personajes exiliados principales de sus estadías en Estados Unidos, Europa y América Latina, algunos con pergaminos de doctorados en famosas universidades norteamericanas, casados con

estadounidenses, hablando inglés y casi masticando chicle para ser nombrados embajadores, ministros, intendentes, directores de las grandes empresas estatales. Y la población chilena, ciega los eligió presidentes de la república, senadores, diputados, alcaldes, regidores, etc..”

“ La euforia inicial de la mitad de la población chilena hoy, después de treinta años, con ya los luchadores antiguos casi ancianos, está nuevamente siendo sutilmente presa de la injusticia y de la manipulación mental. Ahora , el gobierno en manos de los seudos ultra revolucionarios de antaño, marcha de la mano con el poderosos país y principal causante de la masacre de los años setenta unidos, casi todos unidos hipócritamente contra todo los principios por los cuales fue asesinada tanta gente. Los conjuntos musicales con sus melenas y poemas revolucionarios, que en sus primeros años emocionaban e instaban a la defensa y prosecución de la lucha, hoy muestran su faceta oportunista y casi traidora a ellos mismos y a todos los que lloraban al escucharlos. Cuánta traición escondida existe en tantas personalidades de entonces y que hoy lucen su faz sonriente, sus elegantes trajes y su buen pasar. El colmo es de aquellas personas que siendo hijos de los más notables personalidades políticas de esos años, al escuchar los primeros balazos de los militares corrieron a asilarse a la embajada norteamericana, se casaron con un norteamericano y son festejados por este país. Otros artistas y músicos, que pregonan en sus canciones y poemas el amor al pueblo donde nacieron, no dudaron en contraer matrimonio con inglesas, alemanas, suizas, francesas, noruegas, suecas, etc., y hasta la fecha aún están pensando si algún día volverán al país que han traicionado.”.

“ Han transcurrido treinta años y siguen luchando y siguen siendo perseguidos los ignorados de siempre, pero ahora por los que en el atardecer de sus vidas han cambiado sus principios de juventud por una vida más sosegada, más holgada y con una fama que la historia

destrozará, escrita por los discriminados de ahora, los jóvenes que observan y callan, nuestros hijos, nietos y bisnietos.”.